

ORÍGENES

LUIS SARABIA JASSO



P R O Y E C T O

Almendra



P R O Y E C T O

Almendra

[Orígenes]

LUIS SARABIA JASSO

PROYECTO ALMENDRA
Miguel Ángel Galván Panzi
Responsable de proyecto
Édgar Mena
Editor
Nancy Mora Canchola
Alejandro Baca
Alejandro Espinoza Gaona
Erasmus López Ortega
Consejo Editorial
Isaac Hernández Hernández
Arte y diseño

Primera edición, 2014

No puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.

Proyecto Almendra

Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Naucalpan

Calzada de los Remedios, núm. 10,

Colonia Los Remedios.

Naucalpan, Edo. de México. C.P. 53400

proyecto.almendra@gmail.com

facebook/editorialalmendra

Impreso en México *Printed in Mexico*

Esta publicación es realizada gracias al apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM (DGAPA), a través del programa INFOCAB en su emisión 2014.

ORÍGENES

MIS MANOS ANSIOSAS tentaban a través de la tela sórdida y gruesa de mi mochila un cuaderno negro, suficientemente bello para que desease escribir allí los poemas de mi autoría una vez terminados, como venía haciendo un par de años atrás. Los dedos raspaban la porosidad y procuraban congelar el ruido para que mi profesora no se percatara de cómo mi cuerpo reflejaba sus absortos sentidos.

La clase de biología hablaba sobre los genes, DNA y cromosomas, todo el material hereditario de los seres vivos, aunque sólo una frase o lapso de información quedó en mi mente: el DNA tiene la capacidad de resguardar las características y pasarla de unas generaciones a otras, dato que ya conocía; pero que tal pareciera no aplicaba conmigo, ya que mis padres nunca habían oído de versos endecasílabos o estrofas de tanto por tantos versos. Mientras reposaba los codos sobre la mesa llegó a mi mente una frase, una paradoja tan exquisita que no dejé pasar un segundo más, así que cuidando que la profesora no volteara, saqué mi cuaderno y escribí: “Consuma entre tus dedos mi suicidio”. Por alguna razón me ruboricé, casi al grado de ponerme melancólico y que mis ojos se vidriaran.

Al fin opté por echar a volar mi mente, tanto que no recuerdo cuando dibujé en la negra plataforma una especie de rectángulo con un cuerno, y algo en él me parecía familiar. Me hundí en

otra extensa cavilación, y ahora encontré resultado, pues era semejante a un símbolo que coloqué en los separadores que yo mismo realicé, como si fuera solamente la mitad; pero con más variaciones: la hélice que llevaba a los costados, más pequeña en la mesa y en mi versión más grande; otra diferencia era la forma, el mío era hexagonal. Tomé una pluma y tracé en la palma de mi mano aquel símbolo accidental, ahora completo, aunque ahora me provocó dibujarlo con una especie de trazo circular que dejaba al rectángulo con una esquina vacía.

La maestra terminó por fin la clase, y salí abstraído entre la paradoja recién surgida y el signo que seguía en la palma de mi mano, comparé éste último con mi propia versión, y eran tan parecidas, aun a pesar de que sabía que mi símbolo surgió de varios prototipos que fui eliminando, y que nunca vi anteriormente, aunque pareciera que cualquiera de los dos símbolos hubiese sido plagiado.

Durante el viaje en el transporte las calles pasaban tan rutinarias que provocaban el mismo tedio de siempre, y ni siquiera empecé a dar pie a mi reflexión hasta que llegué a la mitad del camino. Extraje los dos dibujos, comparándolos y negando que casi eran exactos, y una vez más no logré mi cometido. Encontraba poco lógico todo aquello, coloqué las puntas de mis dedos en el vidrio como si descansaran de un día agotador pero productivo. Mis párpados comenzaron a cerrarse y un sopor extraño excedió la resistencia para evitar dormir, guardé los símbolos en mi mochila, la abracé y acomodé mi cuerpo para entregarme al sueño.

Al despertar me encontré con que no era el dueño de mis movimientos, dando en primera cuenta un salto veloz desde la cama, cosa extraña, ya que siempre descansaba recostado un pequeño lapso de tiempo antes de levantarme, y aún más extraño, no recordaba haber llegado a mi casa. Tomé una mochila

pequeña de mi armario, la equipé con una muda de ropa, libros viejos de varias décadas atrás exclusivamente, mi cuaderno de borradores, un par de plumas y mi pequeña libreta de poesía. Abrí la puerta de mi cajón y saqué mi cartera, la revisé y para mi sorpresa había al menos mil doscientos pesos, la eché a la mochila para luego cerrarla (todas esas acciones sin ser controladas por mí). Salí de mi cuarto, abriendo la chapa con toda calma, sin desviar la mirada de mis pensamientos, extrañamente tan pasivos como mis movimientos inconscientes.

Bajé las escaleras con la prisa acostumbrada, una actividad que realizaba más por deporte que por ir rápido, y cuando toqué el suelo y alcé la mirada, observé que mi casa había cambiado totalmente, de los mosaicos del suelo, las paredes pintadas de amarillo claro, los pulcros muebles y bellos cuadros, ahora sólo veía unos sillones demacrados color gris, una oscuridad total afuera y una parcial dentro de la sala; sólo iluminada por una pobre lámpara. Vi a algunas personas desconocidas dentro de la sala, aunque no se habían percatado de mi presencia, ya que estaban distraídas con no sé qué, y cargaban caras de penar, era un hombre maduro de unos cincuenta años, con bigote ancho y playera sucia, una señora al lado, de no diferente suerte, niños alrededor. Era una familia típica de hace años, de mi casa no había nada, algo que comprobé al volver la cabeza donde antes había escaleras, y me percaté que sólo quedaba una pared en tan mal estado como las otras cuatro. Los movimientos seguían sin pertenecerme, y caminé con toda calma reflejada en mi semblante cruzando la sala, nadie levantó un centímetro sus rostros, y salí sin interesarme más en la desconocida casa.

Al salir, una mínima ojeada bastó para concluir que efectivamente aquel era mi hogar, quizá no miraba el vecindario como recordaba, con casas en hilera y una avenida a unos metros de distancia; pero veía a lo lejos los grandes cerros que

tanto conocía, la zona llena de sembradíos, y aquel único piso me dejaba sin dudas, pues era exacta a la forma y tamaño del primer nivel de mi casa.

Mi cuerpo ignoró aquello, mientras que yo no paraba de pensar qué me ocurría: tenía el pleno uso de mi mente, mi razonamiento y lógica, y no concebía semejante realidad. Las piernas no esperaron a que llegara a una resolución, ni siquiera a una hipótesis, caminaron y mis ojos iban decididos a no voltear, dejándome con incertidumbre y a ellos con la seguridad de la que yo no gozaba. Sin embargo, el nudo de mi estómago no era provocado por miedos, más bien era una maraña de ansiedad, extraño; pero sentía, más que miedo por no saber qué hacía o a dónde iba, una necesidad, y así como una manada de lobos responde al aullido de un lobo solitario, así me guiaba la sensación de desear volver. Me adueñé de mi boca un momento, únicamente para pronunciar con labios vacilantes: “volver a los orígenes”.

II

AHORA MISMO PISABA un vericuetto de tierra rodeado por matorrales, caminaba con cuidado sobre las rocas resbaladizas que sobresalían del pasto mojado y la tierra inundada, era claro que aquellos tiempos eran de lluvia, pues las extensas nubes y el sol escondido presagiaban la próxima caída del cielo. Había caminado por un buen rato, en un rumbo por el que yo no sabía andar, aunque sí mi cuerpo, sí aquella inconciencia. Me parecía conocer los sitios por los que pasé. Al salir de mi casa, recorrí a pie una media hora hasta una calle de tierra donde subí a un autobús. Bajé y caminé alrededor de dos horas. Llegué a la que reconocí como una Central de Autobuses, y compré (aun sin voluntad) un boleto hacia Guanajuato, para posteriormente dedicar el viaje de varias horas a contemplar el paisaje tan verde y limpio emanante de los bosquedillos que cercaban la carretera.

En ése entonces, estaba por llegar a la residencia de mis abuelos, lugar que me vio nacer, y también partir cuando mis palabras apenas eran un simple soplido deseoso de salir. Una vez que mis padres quedaron hartos de ser una carga y vivir de las carencias de la anterior generación, partimos a la ciudad, dejando a mi abuela, relata mi madre, con el corazón inconforme e intranquilo.

Cuando hube bajado del camión, tomé un taxi que cobró una buena parte del dinero restante por dejarme en el pueblo donde

vivían mis abuelos. Después me encontraba diferenciando todo aquello que me parecía conocido, como la gigantesca bodega de ladrillo a la entrada del pueblo, y a unos kilómetros alcanzaba a divisar un paisaje nunca acosado por mis ojos, un pantano de estabilidad dudosa entre los árboles.

Mis pasos me llevaron a una cerca oxidada, tirada en la hierba, que pisé sin percatarme hasta que los pies sintieron más firmeza de la que debiera tratándose de tierra únicamente. Unos metros más allá, la cerca se hallaba alzada y marcaba una zona que reconocí, no sé si porque apenas surgían los primeros tallos de las semillas que sembraban, pero aquel era el terreno de mi abuelo, di un paso atrás, y aquella fue la reacción con la que supe que me fue devuelto el cuerpo, al fin no era un títere sin voluntad, caí en cuenta, curiosamente, justo antes de escuchar cómo cortaban una escopeta a mi espalda.

— ¿Quién eres tú? —se dejó oír una voz madura, grave y con carácter fuerte.

Titubeé, quise voltear; pero la sensación de que me apuntaba me detuvo, entre la indecisión, el hombre se adelantó.

— No voltees o dispara —advirtió—, contesta ¿quién eres? No me parecía inteligente contestar, pero ¿qué opción quedaba? Alcé los brazos, y mis labios temblaban ligeramente cuando respondí:

— Me llamo... Guido Juárez Ávila —no sabía si mi nombre era la respuesta que el hombre necesitaba, aunque si no era aquello entonces tendría que resignarme a morir con plomo en mis entrañas.

Hubo silencio, un lapso de tiempo en el que noté que el hombre reflexionaba, tiempo quizá que podía utilizar para huir, aunque me daba cuenta que sería un terrible error, tal vez hasta el último, pero para ser sincero estaba tan asustado que no vislumbraba siquiera la reacción de uno solo de los músculos de mi cuerpo,

me era tan molesto recuperar la voluntad de mis movimientos sólo para perderla ante el temor.

— ¿Ávila? —preguntó con aire desconcertado.

— Así es, ¿qué...?

— No diga nada y voltéese para verle el rostro.

Despacio, mis debilitados pies giraron y quedé de frente ante aquel hombre, era un anciano de unos sesenta y tantos años, bien conservado, de pelo grisáceo, vestía con unos pantalones de mezclilla viejos, camisa blanca y encima un chaleco café, sostenía la escopeta firmemente con ambas manos, el cañón me apuntaba al pecho y su pulso era tan perfecto que un pescador envidiaría la seguridad de sus palmas.

— ¿Cómo podría creerte? —insinuó en cuanto me volví.

— Tengo una credencial en mi mochila —agradecí profundamente que siempre cargaba aquel pedazo de plástico.

— Arroje la mochila hacia acá —ordenó.

— La credencial está en la bolsa lateral, dentro de la cartera —me quité la pequeña maleta del hombro y la lancé midiendo la fuerza, no era muy pesada, y acerté a que quedara justo a los pies del anciano.

Sin soltar ni la escopeta ni la mira fija en mí, primero husmeó el interior, seguramente sólo encontró mi par de cuadernos, porque perdió el interés rápidamente luego de, me pareció, una reflexión. Extrajo la cartera y la observó, no puse mucha atención, pero la abrió y sacó mi identificación de estudiante, después la guardó, bajó el cañón de la escopeta, inhaló hondamente y me dirigió unas líneas con aire de cansancio

— ¡Ah! ¿Qué haces en éste terreno, muchacho?

— Paseaba por lugares nuevos —comenté escuetamente, consciente de que si mi respuesta era la total verdad, entonces aquel hombre consideraría seriamente volver a apuntarme.

— No deberías hacer algo como eso en éstos tiempos, en los

que la necesidad crece y los rateros de igual modo, es por eso que hace unos años puse la cerca, aunque nunca dura mucho tiempo sin ser derribada, ya me han robado varias veces, así que conseguí ésta pequeña —señaló con sus ojos la escopeta— contra mi voluntad. Me resultó indispensable.

No respondí, en lugar de eso respiré con fuerza, cada bocanada era un alivio, algo de oxigenación y enfriamiento a la cabeza y a mis nervios.

— Disculpa haberte apuntado con la escopeta.

— No se preocupe —apenas solté con el poco aire que tenía. Agaché la cabeza, afligido por el susto, y puse mi mano en el pecho, intentando dominar mi respiración entrecortada.

— ¿De dónde eres muchacho?

— De la Ciudad de México.

Hubo una pausa, el anciano abrió la cabina de la escopeta y quitó un par de balas, al parecer las únicas, luego fijó la mirada en mí, y al verme aún asustado, habló:

— Viene siendo la hora de comer en mi casa, por favor, acepta acompañarnos a modo de disculpa.

No me pareció inmediatamente atractivo ir a la casa de un desconocido; menos de alguien quien me dejó una primer impresión tan mala; pero el pueblo en el que me hallaba era habitada por gente muy amable, sin demasiada malicia, además tenía el estómago vacío desde la noche anterior, y el hambre era más fuerte que mi miedo, por lo que resolví a mayor velocidad de la esperada:

— De... de acuerdo —recobré un tanto la compostura.

III

ME DETUVE AL darme cuenta cuál casa era a la que el hombre me encauzaba, ahí estaba la bajada tan precipitada, veía los árboles casi secos, y aunque de diferente puerta, sabía perfectamente que esa era la casa de mi abuelo

— ¿Qué ocurre? —me preguntó al volverse a mí.

— ¿De... de quién es esta casa? —interrogué aceleradamente.

— Es mía, mía y de mi familia. Los Ávila Zeledón.

Me estremecí y mis piernas casi se doblan y sentí cómo empalidecía. Mi lívida mente se llenó de pánico y deseé que otra vez robaran mis movimientos, pues me hallaba incapaz de realizar uno por mí mismo. Aquellos apellidos que el anciano mencionó eran los de mi abuelo.

— ¿Pasarás o no? —insistió.

— Sí —vacilé, quedé sin convicción, y sólo por la presión que me ejercía la insistencia del hombre, entré- ¿cuál es su nombre, señor? —pregunté antes de dar el primer paso.

— Vicente Ávila Montes.

Estuve a punto de preguntar qué año era, sin embargo, consideré imprudente hacerlo, y simplemente seguí al hombre al interior, intentando tambalear poco para que no se percatara del temor que me dominaba.

La propiedad era casi idéntica que cuando me fui, o al menos cuanto había: el patio era extenso, la construcción principal al

fondo, y la puerta con redecilla, que recordaba vieja, era nueva. La diferencia más notable era que no existía la segunda casa donde estaba el cuarto en el que mis padres y yo dormíamos; sólo una pared medio levantada de ladrillos y materiales de construcción alrededor. La casa apenas era un mero proyecto.

Desde el centro del patio todavía podía ver el corral con sus variados animales, aunque el interior de la casa no era como esperaba: ahí estaban los dos cuartos, el baño, la espaciosa sala y sus muebles viejos y descuidados, todo se miraba triste y sucio. La sala tenía dos colchones tirados en el suelo, uno con un chico más o menos de mi edad perdido entre las cobijas, ¿qué esperaba después de todo? ¿Ver todo a lo que me acostumbré en cada visita que hacíamos a mis abuelos? No era posible

— Familia, he traído un invitado —anunció el señor Vicente. Al principio no se escuchó ni un solo ruido. El joven que estaba acostado alzó la cabeza, al notarme, se levantó de un solo golpe, se encontraba en pants y playera de algodón blanca.

— ¿Qué hace él aquí? —preguntó librado de su sopor, que reemplazó con una incomodidad absoluta.

— ¡No seas grosero Abel! —reprendió don Vicente- Anda, ve y cámbiate, y avisa a tu madre que sirva un plato más en el desayuno.

El chico obedeció. A mi lado izquierdo, donde sabía que estaba el baño, y un poco antes, el pasillo que llevaba a un mueble donde guardaban todos los trastes, escuché pasos leves, pasivos y me atrevería a decir que hasta débiles.

— Ya oí Vicente; pero... pa' qué quieres que ponga otro plato... —se interrumpió cuando me vio, era un señora de edad madura, más o menos la misma que don Vicente, entendí que era su esposa, cargaba algunos platos en las manos- buenos días muchacho —me saludó.

— Buenos días —devolví el gesto, y después ella lanzó una mirada interrogativa a su esposa.

— Lo encontré merodeando por mi terreno cuando paseaba para ver cómo la lluvia mojó los sembradíos, llevaba conmigo la escopeta, y le he dado un susto de muerte, me pareció buena idea invitarlo a desayunar.

Doña Francisca sólo asintió. Siguió con su actividad de llevar los platos a la mesa, después, Abel volvió con otra ropa, con expresión solemne, era clara su falta de costumbre a recibir visitas, tras esto, otro chico salió del baño con un cepillo de dientes en la boca, él definitivamente era Fausto, su reacción no fue tan distinta a la de su hermano en cuanto me vio. No tuve tiempo de ponerle atención, porque a mis espaldas se abrió la puerta y entró hablando al aire una bella joven con una cubeta de leche en la mano. Se calló al verme, reacción a la que patéticamente me adapté.

— Pa, ¿por qué no me dijiste que había visitas? Me habría levantado más temprano —reclamó la chica- Hola, disculpa que no me haya arreglado —se dirigió a mí sonrojada.

— No tienes que disculparte —repuse.

— Macrina, si no te dije nada es porque ni yo mismo sabía, ha sido sorpresivo para mí también.

— Muy bien —Macrina hizo un gesto de inconformidad en los labios, aunque éste, no de desprecio o disgusto, como habían sido los de sus hermanos.

— Espera un segundo aquí Guido —me dijo don Vicente antes de caminar hasta la puerta del segundo cuarto de la casa.

— ¿Te llamas Guido? —me preguntó Macrina.

— Así es, ya sé, un nombre raro; aunque a mí me agrada.

— Y también a nuestro padre, aunque nunca pudo convencer a mi madre para que uno de sus hijos se llamara así —sonreí, vaya que ése dato fue de mi agrado- Y, ¿de dónde eres?

— De la Ciudad de México —contesté luego de un poco de dudas-

Don Vicente ya regresaba

— Macrina, ¿dónde está tu hermana? —preguntó mi anfitrión.

— Dando de comer a las chivas, ¿la llamo?

— Sí.

Una vez que se reunieron todos, nos sentamos a la mesa, salvo Abel, que al parecer se retiró a trabajar, y desayunó antes que sus familiares. Don Vicente, ya sin lugar, sólo tomó su silla y se apartó, usando una mano para sostener el plato y la otra para comer.

Me sirvieron una pequeña porción de huevos, misma que a todos, había tortillas en el centro de la mesa, y en medio de la casa incomodad por el intruso repentino en el que me transformé.

— ¿Y de quién eres? —doña Francisca rompió el silencio, esa pregunta estaba mal empleada, pero capté poco después de que mi memoria se refrescó, que se refería a quiénes eran mis padres, tenía alimento en la boca, y mordí tan lento como pude, no quería contestar.

— Él es de la capital mujer, no conoces a su familia —interrumpió para mi fortuna don Vicente, y doña Francisca sólo asintió y agachó la cabeza.

— ¿Y cómo es allá? —preguntó ansiosa Macrina.

La pregunta me dejó algo perplejo, ya no estaba seguro de cómo era la capital, pues no sabía siquiera cómo era en esos momentos el pueblo en el que nací, así que opté por contestar con verdad, aunque sin completar la respuesta: — Menos bello que aquí.

— Y dime Guido —comenzó don Vicente- por como juzgué, te gusta la literatura, ¿no es así? No cualquiera tiene libros de Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y una antología con poemas de Manuel Acuña, son algo difíciles de conseguir acá en provincia, es una de las grandes ventajas de vivir en México —ése comentario me hizo enarcar la ceja.

— Sí, la literatura me apasiona, ¿cómo sabe tanto de lo que tengo en mi mochila, si sólo echó una ojeada fugaz? —interrogué inquieto.

— En un par de viajes que he hecho a la capital, pasé un rato envidiando a la gente de esos rumbos por un cartel con el que me encontré, con los anuncios sobre los nuevos libros de esos autores, las portadas me bastaron para saber de qué libros se trataban.

Enarqué la ceja nuevamente. Me impresionada que alguien de provincia, y más aún de tan arraigada situación, conociera a mis escritores favoritos.

— Necesito hacerte un par de preguntas, acompáñame, que debo comprar un cachorro.

— Pues... Claro. -Asentí y después susurré- Supongo —me levanté todavía confundido, incluso golpeé la mesa accidentalmente con la rodilla.

Salimos, y luego de unos minutos de caminar, don Vicente me habló con tono serio:

— Te haré un par de preguntas, ¿tienes dónde quedarte? —negué con la cabeza— bien, quiero que te quedes en mi casa, y la otra pregunta —repuso— cuando abrí tu mochila, cayó al suelo tu cuaderno negro, y noté versos en ellos, ¿te gusta escribir?

— En realidad... así es —alcé la ceja, impresionado de nuevo y sintiéndome como un idiota porque parecía que de niño sólo aprendí a tartamudear en lugar de hablar.

— Perfecto, ahora sé que no es por nada que te haya encontrado, porque comparto tu gusto —no respondí de inmediato, digería con lentitud aquello— ¿y qué respondes, sí te quedarás en mi hogar?

— No lo sé —esperé una respuesta, sin embargo no llegó- estoy seguro de... pero sus hijos...

— Por ellos no te preocupes... —me interrumpió, luego exhaló con fuerza y continuó— después de todo, creo que puedes tomar algún taxi hasta el próximo hotel, a menos de tres horas.

— Bien... —un nudo se hizo en mi garganta, no me quedó remedio— acepto.

Sonrió. Me advirtió que debía ser muy discreto respecto al tema, ya que su familia no tenía ni una remota idea de esa vocación. Me contó cómo fue apasionándose por la literatura, y me habló de sus trabajos, tanto terminados como inconclusos, aunque todos con la misma condición de que no iban a ser publicados mientras él viviera. Cuando volvimos a la casa, me entregó en secreto un par de sus textos, y pidió que saliera a leerlos a otro lado. Me dio algunas indicaciones sobre un lugar algo retirado, lleno de verde pasto y una agradable sombra de los árboles; instrucciones que ignoré, porque sabía de sobra cómo llegar al sitio al que me enviaba.

Bajo las sombras de frondosos mezquites leí con cuidado cada palabra de las historias, quedé simplemente maravillado, la escritura tenía rasgos parecidos a los míos, pero la madurez y las características de su estilo en general superaba por mucho al mío, deseé que don Vicente fuera mi mentor, aunque, ya era innecesario seguir pensando en él con un modo tan formal, pues desde que me dijo qué familia era la que vivía en esa casa, y sabiendo que Abel, Fausto, Macrina y Gloria eran los nombres de cuatro de mis tíos abuelo, supe de inmediato que don Vicente Ávila Montes era mi bisabuelo.

IV

ME ADAPTÉ RÁPIDO a aquella nueva vida. Mi bisabuelo no me hacía trabajar, y podía quedarme en casa el tiempo que deseara, además no sólo usaba mi ropa (o la poca que traje), ya que mis tíos abuelo me prestaban la suya por orden de su padre, éramos más o menos de la misma talla. Al principio no estaban muy conformes, pero después les fue indiferente, tal como pasó con mi llegada.

Era un verdadera bendición poder conversar con mi bisabuelo, regularmente, sus hermanas visitaban a sus amigos en una tienda cercana, la bisabuela Francisca se distraía recorriendo la casa, olvidando las labores, sólo paseando y siendo invadida por la nostalgia, a veces se sentaba al pie del árbol de granadas que estaba fuera del corral, y ahí se quedaba durante horas. Para que pasáramos un tiempo juntos, mi bisabuelo sólo tenía que permitir a sus hijos salir a donde ellos quisieran. Cuando nos hallábamos solos me contaba, por ejemplo, que Macrina tenía un novio, y que no le decían a él, ya que se oponía, hablaba de cómo su hermana Gloria la solapaba, pero don Vicente Ávila ya lo sabía sin dárselos a entender, después de todo, comprendía que era joven y empezaba a salir al mundo, además confiaba en los valores de su hija. Abel salía con sus amigos a otros pueblos, y Fausto no contaba con tiempo para preocuparse por esas cosas, era el único que aportaba dinero a la casa. Don Vicente me

ayudaba a mejorar mi manera de escribir, se tomaba el tiempo para leer las obras que inconscientemente traje, y después amaba, noté, comentarlas conmigo. Yo disfrutaba mucho que él leyera con avidez los libros de los autores tan comunes en mi época.

Estaba cada vez más tentado a confesarle que yo no era de aquel tiempo, que inexplicablemente pasé al suyo y era, más que un simple colega, el hijo de una de sus nietas; pero cómo decirle algo así, si era un viejo testarudo que no permitía siquiera que sus hijas tuvieran novio, aún así, los ideales de los que me hablaba en sus monólogos me dejaban helado. Recuerdo alguna vez, mientras que cada quien escribía sus respectivos textos, me estiré hacia atrás emocionado y exclamé algo más o menos así:

— ¡Bendito sea que los escritores somos tan exclusivos!

No pareció quedar muy conforme con mi comentario, e incluso puso en su semblante una expresión agria. Aguardé unos momentos, y al ver que no replicaría, pregunté:

— ¿Qué ocurre?

— Tu comentario no pudo ser más arrogante.

— ¿Por qué? Es cierto después de todo, todo aquel que escribe dice lo mismo.

— Así es, eso dicen, pero, ¿cómo puedes considerarte exclusivo? Pongámoslo de éste modo, si a cada carácter de la personalidad le asignáramos un número, ¿no tendríamos todos los humanos diferentes números? —asentí con la ceja enarcada— entonces, si decimos que todos somos distintos, todos somos exclusivos e inexclusivos.

— Sí, pero... —estuve por replicar, pero entendí que todavía no terminaba su explicación, sólo la pausó— tiene razón don Vicente, termine por favor.

— Explicado de otro modo, la causa de tu inexclusividad, es tu misma exclusividad

Quedé impresionado, y atoré mis palabras en la garganta para impedir que me opusieran otro verdadero contraargumento y humillaran más mis delirios de grandeza. Y qué decir ante aquello, si ahora notaba que era verdad. Desde esa vez, deseché juntar las palabras “personas” y “exclusivas” por cuanto me quedaba de vida.

Exactamente a los dos meses que empecé a quedarme en la casa de mi bisabuelo, recibí la sorpresa más grata de toda mi vida, pues el viejo recibió la visita de don Miguel Ávila Zeledón y su esposa, doña Eliza Recio, mis abuelos. Se habían casado tan recientemente que ni un aniversario contaba su joven matrimonio. Llegaron con la alegre noticia de que serían padres por primera vez, de su primogénito, mi tío Miguel Ángel Ávila Recio. Mi abuelo de apenas veinte años era todo un joven, corría veloz y cargaba costales de mucho peso, me daba pena pensar que a los setenta no podría siquiera doblar su hombro derecho, pues así es como recordaba que lo vi hacía unos cuatro meses (sin contar los que ya había vivido con don Vicente).

Durante la madrugada la casa se convertía en murmullos. Yo dormía en el sillón de la sala, y ocasionalmente iba al baño o al patio a leer los textos de mi abuelo Vicente, entonces, escuchaba que doña Martha y doña Guadalupe hablaban con veneno en el sonido:

— ¿Quién es ése mocoso que Vicente trajo a la casa? -preguntó una en cierta ocasión.

— Debe ser un bastardo que nuestro hermano tuvo con alguna ramera -afirmaba la otra.

— ¿Dices que Vicente engaña a Francisca y que tiene el descaro de traer a su hijo?

— Piénsalo bien Lupe, ese escuincle se parece mucho a Vicente, que bien sabemos, nunca ha sido un santo...

Esa vez me fui antes de que terminaran de hablar. Susurraban más o menos igual a diario, deduje, ya que no había día en que cuando me levantara no hablaran en el mismo volumen de voz.

Aquello era en resumen todo cuanto aconteció ése par de meses. Recibí el gran aprendizaje que mi arrogancia también se denotaba con tan sólo pensar que mi talento no era compartido con nadie de mi familia, sólo había que buscar en la generación correcta para saber que no era así.

Transcurrieron pocos días, y mi abuelo Vicente me notificó de una fiesta en la que celebrarían los quince años de una jovencita, en la que el único que no tenía elección era yo, pues exigió que asistiera. Hablábamos mientras yo estaba recargado en la puerta de su habitación y él ordenaba algunos de sus escritos, que eran pulcramente colocados en un baúl muy elegante: rojo y con bordes en madera y chapas color dorado, su altura me llegaba hasta las rodillas. — ¿Por qué debo asistir? —pregunté un tanto desconcertado.

— ¿Tienes algo mejor que hacer? —apeló.

— Sinceramente prefiero quedarme a aprender más con usted.

— No seas idiota, después de todo, ¿cómo demonios escribirás aquí adentro si no vives allá afuera?

— ¡Ja! —me vinieron a la mente dos frases, una de Pablo Neruda: “de tanto andar y amar, salen los libros”, y ésta me remitió a otra de Gabriel García Márquez: “...las ideas no son de nadie”- muy bien, ¿dónde es?

— Tú no te preocupes por eso, arreglé para que algunos de mis sobrinos vengan a llevarte y después a traerte.

— Muy bien, ¿dejará ir a Macrina y a Gloria? No quiero quedarme con dos perfectos extraños en un lugar desconocido, y además Macrina me agrada, es la única que se sienta a platicar conmigo de vez en cuando, y para serle franco ya me confesó su noviazgo antes que a usted.

— ¡Claro que no las dejaré ir! Debo seguir rígido con mi actitud para que no se percaten de que ya estoy enterado precisamente de ese noviazgo.

— Vaya que es cruel —dije con sorna y di media vuelta dispuesto a retirarme, aunque me detuvo inmediatamente con otra noticia.

— ¡Ah! Por cierto, tienes que ir con cierto vestuario.

— ¿De qué habla?

— Cuando digo que tienes que ir con un cierto vestuario es...

— Sí, sí, sí, eso está claro; ¿pero no sería mejor llevar mi propia ropa?

— Todo tiene su explicación, espere un poco solamente.

— Muy bien, enséñeme el vestuario para...

— No lo haré, tienes que verlo en el momento.

— ¡Ah rayos! Que no tengo derecho de... -frené mi comentario y pensé sobre si valía la pena replicar, la respuesta se veía con tanta facilidad como la lluvia recia a la luz de un faro. Respiré profundamente, y entendí qué tanto derecho tenía- está bien don Vicente, ¿para cuándo será el evento?

— Hoy por la noche —me indigné con la premura, aunque callé.

— Bien, supongo que arreglaré un par de cosas antes, esperaré su llamado.

Y salí con una sonrisa gruesa y divertida, quizá hasta emocionada.

V

MI PENSAMIENTO ACERTÓ a predecir cómo sería el traje con el que el abuelo Vicente pedía que vistiera. No concebía que, mientras todos los asistentes irían con pantalones de mezclilla, camisa, sombrero y botas, yo llegaría con ropa negra: un pantalón formal y una camisa tipo polo de manga larga, mi bisabuelo también sostenía una gabardina oscura, y unos zapatos lustrados yacían en el suelo.

— ¿Con eso vestiré? —expresé después de una escueta risa.

— Sí, ¿esperabas acaso algo común, “niño exclusivo”? —su ironía laceraba.

— Me morderé la lengua cuando tenga ganas de decir algo que usted pueda utilizar en mi contra... otra vez.

Tomé las prendas; y a un momento de dirigirme al baño para cambiarme, como se hacía costumbre, me detuvo.

— Falta algo —informó mientras abría su preciado baúl.

— ¿Qué es? —pregunté mientras extraía algo que no distinguí en un primer momento.

— Alguien necesita usar éste pequeño antes de que el tiempo haga su trabajo.

Y sacó un antifaz que no se comparaba a ninguna otra cosa que hubiese visto antes; era hermoso, verdaderamente hermoso, color negro, con tres franjas plateadas en diagonal, ambos colores brillaban tenuemente. Cuando lo tuve en mis manos, vi que su

forma era la de un grifo, con sus alas bien definidas y ligeramente blancas, su imponente cabeza de águila con un ojo del mismo color que las franjas. La parte de abajo que correspondía a la de un león, no menos detallada, con las patas enchuecadas claramente con intención, pues ese rasgo embellecía todavía más aquel objeto.

— ¿Qué te parece el antifaz en el que he trabajado tanto? —me preguntó conociendo la respuesta, pues no dejaba de observarme mientras sostenía con admiración su obra manual, tal como si entre mis manos quisiera evitar que el agua pasase entre mis dedos.

— No existen palabras suficientes para describirla —afirmé emocionado.

— Siempre existe un modo, la negligencia no está en las palabras —comentó sonriente.

Asentí. Coloqué el antifaz entre la ropa, intuyendo que mi bisabuelo no quería que su familia viera su obra de arte, y fui a cambiarme.

Antes de que mis otros tíos abuelo llegaran, tuve tiempo de doblar la gabardina envolviendo en ella el antifaz, la abracé por debajo del hombro y salí apresurado al primer llamado de don Vicente, pues la camioneta que me llevaría esperaba afuera y, al parecer, los sobrinos de don Vicente no contenían entre sus virtudes la paciencia.

Al llegar, mis ojos fueron impregnados por el júbilo y la alegría presente en el sitio donde sería el baile, desde su mismo aire y verdes pastos. Los árboles deshojados daban lugar a un cierto ambiente de transparencia a la felicidad que seguro compartirían los presentes. La casa era gigantesca, una obra arquitectónica magistral. El jardín era baño, con los árboles desnudos plantados en filas y columnas como un ejército bien organizado, y en la otra mitad del jardín el lugar estaba plano,

donde un escenario enorme llamaba la atención. Ahí había personal preparando el sonido, aguardando únicamente a que la banda estuviera lista. Avisté a pocos metros el camión de la agrupación con rotos anuncios pegados en él, por tal motivo, no pude enterarme de cuál era su nombre.

Los sobrinos de mi abuelo Vicente, que no me dirigieron la palabra en todo el viaje y mantuvieron caras largas e inconformes con su invasor, estacionaron su camioneta y me advirtieron de mala gana que si no estaba con ellos a la media noche se retirarían sin mí. Me carcajeé a pesar de las caras de molestia de mis acompañantes, ¿y cómo no hacerlo? Pues recordé la historia de “La cenicienta”.

Me separé de los malhumorados y caminé velozmente dividiendo luego de unos segundos a un par de señoritas, de unos treinta o cuarenta años, mientras una entregaba un papel a la otra, una joven hermosa, admití, de un cuerpo atractivo, melena castaña y lacia, portaba un vestido conservador de un rojo vivo, y me percaté también de unos brillantes aretes azules que lucía en sus orejas. Antes de que pasara junto a ella, el pedazo de papel resbaló de sus manos. Me apresuré y lo cogí por ella, la chica me agradeció amablemente, pero al darme cuenta de cuál era la firma que estaba allí, detuve el enderezamiento de mis rodillas, y mi estómago se volcó al grado que casi hace fallar a mis piernas. Era la firma de mi bisabuelo, y al lado, estaba el símbolo que accidentalmente dibujé en mi clase de biología. Percibí el perfume de mi abuelo Vicente impregnado en el sobre, y tuve una mínima esperanza de que fuera el mismo que utilizaba la joven. Resultó vana, pues diferenciaba a la perfección que ella usaba uno distinto.

— ¿Me podrías devolver la carta, amiguito? —la joven finiquitó mi cavilación.

— ¿Ah? Claro, disculpe, tome —y tendí el papel a su dueña.

Recibí otro agradecimiento de la joven, y sin pausa ella se fue. Observé cómo encaminaba sus pasos rumbo a la casa. Escruté a la joven de polo a polo, y a mi cabeza llegó uno de los cuentos de mi bisabuelo: "...presume su cabello el brillo que robó a la corteza". Alguna vez pregunté qué alusión era esa, y me contestó: "pues reflexiónalo sólo un poco". Ahora, después de un poco, concluí que la corteza era la terrestre, el color de cabello de la joven me recordaba el tinte tan definido de la tierra húmeda. Un sinfín de frases me llegaron despacio, frases que aludían a las características físicas de aquella mujer, su "cuerpo recio", "espalda sin fondo", "fealdad muerta". Me daba cuenta que mi mentor realmente engañaba a mi abuela Francisca, y no sólo sus palabras en tinta sugerían eso, también sus salidas constantes, el misterioso comportamiento, y las horas frente al escritorio escribiendo cosas que nunca me mostró; pero sus descripciones, cuando su erotismo alcanzaba el máximo punto, describía con tanta perfección a aquella mujer que casi podía verla al lado de Vicente Ávila Montes.

Y finalmente, resolví no mover un dedo en contra o a favor de mi abuelo Vicente. Entendía sólo una cosa, que yo no era nadie para meterme en asuntos de una persona que rebasaba los sesenta años. Entre pasos menos animados, llegué al inmenso patio.

Luego de pasado un cierto tiempo, miré a la joven, recargada en un árbol leyendo con lágrimas en los ojos la carta de mi bisabuelo, después, salió precipitadamente de la euforia que ya había en el jardín, y yo, como decidí hacer, no me moví medio centímetro. En agradecimiento a mi abuelo Vicente, me puse la gabardina y el antifaz. Borré hasta el grado en que mi conciencia permitió las imágenes recientes, casi me sentí fantasmal, y me dispuse a disfrutar esa noche como él me pidió que hiciera. Como si la noche quisiera ayudarme, una silueta pasó ante mí,

era una joven, de mi edad aproximadamente, de una belleza que hizo olvidar todo cuanto sobraba en mi mente, la admiré, su tez era blanca, sus cabellos negros y lacios caían sobre sus hombros, sus pechos y su cintura delgada eran cubiertos por una blusa roja; sus piernas que se curvaban como provocándome estaban tapadas por unos pantalones de mezclilla azul fuerte. Ella no se percató de que la bañaba con mis miradas, aún cuando pasó a dos metros delante de mí. Seguí a la chica, y percibiéndome volteó a verme, aunque sin detenerse. Entramos en un juego, ella danzaba por los árboles, como si de “escondidillas” se tratase, sus movimientos eran tan suaves que me evocaron los bailes de la gente de alta posición en Europa en épocas muy anteriores a ésta, incluso, se daba el lujo ocasional de rodear un árbol y sonreírme mientras se escondía detrás de él, cuando hacía esto, posaba una mano en el tronco.

Seguimos con ése juego hasta que, cuando en su insistencia de rodear algún tronco, desaparecí de su vista, y mientras su cara confundida me buscaba, llegué a sus espaldas y la arrinconé contra el árbol deshojado. Contemplé su mirada que cayó al suelo, también sus mejillas que se colorearon, y su respiración tan inestable como el control que tenía con su cuerpo, que estaba temblando.

La invité a bailar sólo con un ademán de mi mano, y en una sintonía muy distinta al ritmo de la música, que exigía velocidad, bailamos despaacio impregnándonos uno al otro, en un sitio del que tal vez nadie estaba atento.

— ¿Quién eres? —preguntó temerosa.

— Si necesitas saber mi nombre, es Guido Ávila —susurré seductoramente. Sonreí, me sentí como un usurpador de nombres, por poco me rebautizaba como Vicente- ¿y cuál es el tuyo?

— Lizbeth...

— Shh, calla, calla tu apellido por favor —pedí.

Mantuvimos una charla muda. Al terminarse la música, volví a arrinconarla en el tronco, arrebaté el antifaz de mi rostro, y dos de mis cinco sentidos fueron testigos de que Lizbeth sentía un exalto en todo su cuerpo.

— No puede ser —sólo la miré, sin pedir respuesta- soñé con tu rostro.

Y mientras Lizbeth decía esto, advertí cómo su mano apretaba su pantalón como si quisiera cerrar su puño a través de su pierna, entonces, alcancé sus labios con los míos, donde los únicos testigos serían el árbol deshojado, el claro de la noche y la arruga de su pantalón. La besé a pesar de las prohibiciones morales de la época en la que estaba.

VI

CUANDO LLEGUÉ AL sitio del encuentro, mis tíos abuelo ya no estaban. No me molesté, llegaría en un par de horas a la casa de mi bisabuelo si caminaba.

Llegué agotado, aunque tranquilo y hasta orgulloso. No encontré a nadie en casa. Busqué a mi bisabuelo sin resultados. En la sala, sólo había una carta tirada en el suelo que desprendía la fragancia de la mujer con la que me encontré hacía pocas horas. Leí que la joven efectivamente fue la amante de mi bisabuelo, que ahora abandonaba a don Vicente Ávila Montes porque un hombre ofreció casarse con ella, supe que esperaba un hijo con la sangre que también por mis venas corría, y que el mismo sujeto se encargaría de él. Leí el nombre que firmaba: Lizbeth Fuentes.

No fue por la impresión; pero las fuerzas se fugaron del cuerpo y desfallecí. Al despertar, mis movimientos volvían a ser posesión de la nada, me levanté y el cuerpo caminó unos pasos hasta el cuarto del abuelo Vicente. Vi al padre de mi abuelo con el llanto desgarrando sus ojos. Fui único testigo de cómo colocaba un cuchillo sobre sus venas, y miré que entre los dedos de aquella joven consumaba su suicidio. Sentí que por una noche mi cuerpo atestiguó el amor que él tenía por aquella joven.

No lo culpé, nunca lo haría.

VII

SIN SER DUEÑO total de mí todavía, vi a la sangre que dio vida a quien me heredó su sangre, cremar a Don Vicente Ávila Montés junto al baúl rojo. No sé si alguien de la familia me notó, pero me acerqué, dediqué una ojeada profunda a Abel que velaba a un par de metros con su desgarrador llanto heredado. Recordé cuál había sido la causa de su atroz recibimiento la primera vez que nos vimos. Escuché la historia de los sobrinos malhumorados, mientras conversaban a susurros en la camioneta que me llevó a la fiesta. El problema era un conflicto con el padre de su novia secreta. Por esos días Abel estaba amenazado, y creyó que yo era el terrible emisario de su, en ese entonces, suegro. Entendí entonces por qué el día que llegué no se había levantado aún, su sueño le fue arrebatado a esta causa.

Sin distraerme más, eché a la flama que calcinaba el cadáver de Don Vicente la única copia del símbolo de mi bisabuelo, que encontré la noche de su suicidio. Aquel papel consumiéndose fue la última imagen que recuerdo antes de percatarme que el chofer del pecero gritaba para despertarme.

Llegué a la base, a veinte minutos de mi casa que se quedó un par de kilómetros atrás. Pagué mi pasaje completo y descendí. Al principio, quise volver a mi casa; pero mejor opté por caminar en un rumbo indefinido mientras evocaba aquel... ¿sueño?

Me senté a reflexionar en el columpio de un parque. No llegué a ninguna conclusión. Extraje de la mochila el símbolo de don Vicente Ávila Montés, e hice correcciones hasta que quedó tan exacto como el que él dibujó. Resolví hacer un separador exclusivo con aquel símbolo, con altas y bellas letras que exaltarán una leyenda más o menos así: “Don Vicente Ávila Montés, gran parte de mis orígenes”, cavilaría sobre cómo asentaría la frase después.

Comencé a ver viandantes aleatoriamente. Esperé un par de horas, hasta que por fin pasó a algunos metros el objeto de mi búsqueda. Una joven de cabellos con el color de la tierra húmeda. No era tan bella como lo fue Lizbeth Fuentes; pero era suficiente. Saqué pluma y papel desesperadamente y escribí:

“Sus labios rojos y anchos, tan bellos y deseados; el caminar tan pasivo y sensual que remarcaba su espalda en una curva tan profunda que parecía no tener fondo, la tierna sonrisa que aunaba a acariciarse la mejilla inconscientemente, también su tímida forma de presionar el pantalón cuando se hallaba nerviosa; pero sobre todo la melena que robó el color a la corteza, eso y más enamoraba día con día a Don Vicente Ávila Montés de Lizbeth Fuentes...”

Me interrumpí, y no porque las palabras no fluyeran, sino porque sentí cómo una mano callosa y de un pulso tan perfecto que podría ser envidiado por un cirujano se posaba en mi hombro. No volteé, sabía que no había nadie tras de mí, al menos no en cuerpo. ☞

Proyecto Almendra es un proyecto INFOCAB PB402313
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
tiene como finalidad la publicación
de la ópera prima de estudiantes
del Colegio de Ciencias y Humanidades.
Orígenes de Luis Sarabia Jasso,
se terminó de imprimir el mes de agosto del año 2014
en la Ciudad de México.

Se usaron los tipos Espinoza nova y Adobe Garamond Pro;
la edición consta de 1000 ejemplares y estuvo al cuidado
del Departamento de Comunicación del CCH Naucalpan.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinador de Planeación,
Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del SILADIN

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto. de Comunicación

Proyecto Almendra
Miguel Ángel Galván
Coordinador del proyecto
Nancy Mora Canchola
Édgar Mena
Alejandro Baca
Alejandro Espinoza Gaona
Consejo Editorial
Isaac Hernández
Arte y Diseño



Escribir es cubrir de cicatrices el silencio. Quien toma la pluma, toma más que la palabra. La escritura ha sido siempre un encuentro, una develación. *Orígenes* devela el surgimiento de una vocación literaria: la palabra hecha destino, trayecto, punto de partida incesante. La historia de un viaje a la semilla, a esa raíz peregrina que vive en todo aquel que ha encontrado en la escritura un origen primigenio. Un viaje hacia el pasado para esclarecer el presente y encontrarse con el futuro. *Orígenes* es una historia de simbolismos, sugerencias, evocaciones. Acaso una de las obras más singulares de esta colección.

Hiram Barrios